

regresar más, en olvidarme de lo que me esperaba al colgar la chaqueta sobre el perchero del vestíbulo: aquello que, al poner yo bien las hombrecas, me posa sus manos sobre la espalda. Sería vano volverme y mirar su rostro: no tiene rostro. Como otros piden dinero, comida o sexo, dioses o fantasmas, él me pide palabras. ¿O soy yo quien se pide palabras contra su ausencia de rostro? Es el señor del tiempo quien me mira mientras yo no sé dónde poner la mirada, hasta que finalmente comprendo que, haga lo que haga, me cepille los dientes, camine o caiga sobre montañas de periódicos, me he puesto a decirlo. Me posa las manos sobre los hombros porque lo consume la perplejidad y se sabe, como el dios Kama de los hindúes, una perpetua sed de encarnación. Quiere que le dé tiempo con mi tiempo y no ignora que hemos de tener al fin el mismo rostro. Mientras escribo estas palabras, tengo prisa por llegar y prisa de haber vuelto sin haber llegado de un lugar que aún no existe.



Desde la primera vez que leí el gran poema de Eliot, *The Waste Land*, me impresionó vivamente esta línea: «mixing memory and desire», como de *Four Quartets* aquellas en las que habla de un resonar de pasos en otro lado, por el sendero que nunca recorrimos. Son muy impresionantes. También quiero mencionar, hoy, esta, del primer poema: «These fragments I have shored against my ruins». No me resisto a citar con exactitud la de «Burnt Norton»: «Footfalls echo in the memory/ Down the passage which we did not take/ Towards the door we never opened/ Into the rose-garden. My words echo/ Thus, in your mind».

## 31 de mayo

¿Es Octavio Paz un poeta filosófico?, me pregunto después de leer un artículo de Pere Gimferrer. Yo no lo creo. Todos sabemos que una de las pasiones intelectuales de Paz (un hombre con intereses culturales que abarcan las artes plásticas y la política, la antropología y la historia, además de la crítica literaria y de la poesía) es la filosofía. También ha aclarado varias veces que quizá su inclinación principal en su interés por la filosofía haya sido la búsqueda de un saber en el sentido de los estoicos o de cierto pensamiento oriental. Pero Paz no ha ilustrado ninguna filosofía en su obra poética —como ha señalado Gimferrer— y tampoco es su obra poética un cuerpo de ideas, de conceptos, que conforman un pensamiento filosófico. Es, sí, un poeta reflexivo y podemos encontrar en sus poemas

huellas de Platón o Nagarjuna, de Heidegger o Nietzsche, de Hume, Montaigne y Ortega y Gasset. También es un poeta con una visión del mundo y podemos decir de algunos de sus poemas, algunos de corta extensión o de algún pasaje concreto, que son filosóficos en el sentido que él mismo lo dice de *Primero sueño* de Sor Juana Inés de la Cruz o de *Muerte sin fin* de José Gorostiza. Pero difícilmente podemos reducir su obra a conceptos filosóficos. No niego la pertinencia del calificativo, indico que antes y después es, sobre todo, una obra poética, fundamentalmente poética, contradictoriamente poética. María Zambrano aclaró en su libro *Filosofía y poesía* (1939) que: «El filósofo quiere lo uno porque lo quiere todo. Y el poeta no puede llegar a quererlo todo porque teme que en este «todo» no esté cada una de las cosas con sus variantes, sus huellas y sus fantasmas». No podía estar mejor dicho: el poeta es fiel a las cosas y sus variantes, sus procesos, sus huellas y, también, a sus fantasmas. Hecha de metáforas, imágenes y ritmo, la poesía está a medio camino entre la voluntad de designar y la de constituirse en aquello que designa. Toda poesía, nos ha mostrado Paz en los últimos años, corrigiendo levemente ciertas afirmaciones tajantes de los años cincuenta, es metáfora y por serlo nos señala continuamente al mundo. No es un reflejo ni un espejo, su salto es analógico. No es un absoluto, no es la obra de un pequeño Dios ni es posible que pueda constituirse en ser, como quería Heidegger, puesto que si fueran, de manera total, la poesía sería ilegible, dejaría el lenguaje de ser metáfora. Y, afortunadamente, no lo es: la leemos y lo hacemos, además de manera distinta. Si la poesía fuera, como decimos que *es* una puesta de sol, por ejemplo, un poco de agua brotando entre piedras, entonces tendríamos que inventar un lenguaje para expresar nuestra experiencia ante esas realidades. La poesía, ha escrito Paz en alguna parte, es tanto el restañamiento de la escisión como el testimonio de nuestra esencial distancia de nosotros mismos. Que la palabra puede *ser*, en el sentido que hemos señalado, es una tentación de cierta filosofía a la que no han sido ajenas poéticas desde Mallarmé a nuestros días (el ultraísmo, por ejemplo). El mismo Heidegger, maestro en muchos aspectos de María Zambrano e inspirador posiblemente del Antonio Machado meditador del ser, dijo que «en la lengua griega lo dicho en ella *es* al mismo tiempo y de manera eminente aquello que lo dicho nombra». Pensaba en Anaximandro, Heráclito, Parménides, que eran, según dice él mismo, «pensadores», hombres inmersos en el radical asombro del ser. En este sentido creo que será mucho más claro que cite literalmente a Paz en relación al gran legado de Mallarmé: «La tensión del lenguaje poético de Mallarmé se consume en ella misma. Su mito no es filantrópico; no es Prometeo, el que da el fuego a los hombres, sino Igitur: el que se contempla a si mismo». Y

más adelante añade que la grandeza de Mallarmé no está sólo en su tentativa de «la Obra concebida como un Cosmos» sino sobre todo en la conciencia de la imposibilidad de transformar ese lenguaje en teatro, en diálogo con el hombre. Quiero subrayar que Paz hace hincapié en esa conciencia y fue ese uno de los retos que el poeta mexicano aceptó para su poesía.

Tanto los ensayos de Paz como en su poesía, incluso en su momento más mallarmeano, que coincide con su estancia en la India, nos muestra una relativización de estos conceptos, y en este sentido, se aleja del centro de la noción de poética de Heidegger como casa del ser.

La poesía de Paz está constituida por una fuerte presencia tanto de la noción cuerpo como no-cuerpo, tal como él maneja estos términos en *Conjunciones y Disyunciones*. Cuerpo y abstracción, lenguaje y pérdida de lenguaje, imagen y significación se alternan. Las palabras se sensualizan y se transforman, buscan imágenes, se atropellan, saltan, se detienen: brillan sobre la página y, de pronto, se detienen frente a ellas mismas habitadas por una duda mortal. Poesía hecha de vínculos, que suponen la vida del poeta y que sabe que esa suposición sólo será verdadera si se inventa. El poema es una creación que, cuando es satisfactoria (como podemos ver en *Pasado en Claro* o *Cuento de dos jardines*, por poner sólo un par de ejemplos), nos muestra que esa creación es un testimonio. Su grandeza, ser creación, supone también su humildad, ser testimonio, ser referente. La poesía de Paz es una poesía reflexiva: sus palabras tienen conciencia de ellas mismas al tiempo que se abandonan al fluir de la inspiración: oyen, al fondo, la memoria inmemorial de las cosas, y, al mismo tiempo, su historia, esa que hacemos cada día, el roce de los significados a la búsqueda de sentido. Su poesía es crítica y crítica a su vez de la crítica. Esa doble negación — como lo vio el mismo Paz en Marcel Duchamp— es una afirmación que, en su caso, se manifiesta como reconciliación. Si el pensamiento de Paz se caracteriza por ser apasionadamente crítico, su poesía, sin carecer de esta cualidad, va más allá y abraza los contrarios. No como resultado de una dialéctica unitiva o trascendente, sino como superación de la contradicción filosófica. La poesía presiente y expresa una realidad donde el sí y el no, vida y muerte, participan de una realidad de alternancia: la capacidad para ser lo otro y al mismo tiempo para mostrar su lado de sombra, el instante de disipación, el instante sin cuerpo que, instante después, es plenitud de ser. No nos explica nada: nos hace ver, en el sentido más amplio de esta palabra que incluye tanto lo físico como lo espiritual, y esa visión, aunque sólo sea por un momento, nos transforma en lo que vemos.

Y aquí volvemos a lo anterior, porque rozamos de nuevo lo que Paz postula en su poesía y también en muchos de sus ensayos sobre el tema: que

la poesía es casa de la presencia porque, cuando la habitamos, la presencia es un presente: el tiempo está hecho de presencias. Habitar el poema, en este sentido, es habitarnos. La poesía de Paz es la de un poeta, sin predicados, o con muchos predicados que por su circunstancialidad se resuelven en su gravitación mayor: el poema. El filósofo quiere saber sobre el ser, quiere pensarlo; el poeta quiere habitar la casa, una forma de comprensión que no niega al conocimiento sino que, paradójicamente, lo trasciende al darle cuerpo.

**Juan Malpartida**



# Leviatán

Revista de hechos e ideas

## NUMERO 60

- El contexto político de las elecciones,** *Amelia Valcárcel*  
**Malestar político y avance de la derecha,** *Ludolfo Paramio*  
**El dilema del PSOE,** *Ramón Vargas-Machuca*  
**Paisaje después de unas primarias,** *Juan Jesús González*  
**Las elecciones en Cataluña,** *Horacio Vázquez Rial*  
**Argentina: ¿Insinuación de una nueva alternativa?,** *Juan Carlos Rubinstein*  
**Sobre el significado político de la corrupción,** *Fernando Escalante Gonzalbo*  
**Identidad y fascismo,** *Mercedes Fernández Martorell*  
**La agonía del liberalismo,** *Immanuel Wallerstein*

### LIBROS

- Geografía y ciencia política,** *Peter J. Taylor*  
(Heriberto Cairo Carou)  
**Hay un camino a la izquierda,** *John E. Roemer, Manuel Vázquez Montalbán*  
(Miguel Porta)  
**La era de Rodolfo Llopis,** *Carlos Martínez Cobo y José Martínez Cobo*  
(Abdón Mateos)  
**La democracia y el nuevo mundo,** *Jean Marie Guéhenno, Alain Touraine*  
(Miguel Porta)

Suscripción 4 números: 2.400 ptas.  
Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

**Redacción y Administración:**  
**Monte Esquinza, 30, 2º Dcha. 28010 Madrid**

**Tel.: 310 43 13**  
**Fax: 319 45 85**